

COMUNICACIÓN Y HANDICAP

Revista de Psicología General y Aplicada, 1980, 85, 1079-1092.

Introducción

Todo ser humano, para desarrollarse y alcanzar su plenitud, necesita relacionarse con otros. El individuo totalmente aislado es inviable. Sólo en relación con los demás puede el hombre llegar a ejercer una actividad intelectual, llegar a tener una vida afectiva, llegar a ser una persona consciente y responsable. Y dado que la relación con los demás se apoya en alguna forma de comunicación cualquier limitación en la capacidad de comunicar, repercutirá en el desarrollo y en la realización del individuo. Y esto es lo que ocurre al minusválido, pues todo hándicap produce alguna limitación en la capacidad comunicativa.

¿Cómo limitan los diferentes hándicaps la capacidad comunicativa? ¿Cómo repercute esta limitación en la situación y en el desarrollo del inválido? ¿Cómo es posible aumentar y mejorar su capacidad de comunicar? Tal es el tema, importantísimo y de plena actualidad, que los organizadores de este Congreso han elegido como tema de nuestras discusiones.

En esta sesión* inaugural parece útil comenzar por una presentación general del tema en sus diferentes aspectos, y esto es lo que voy a intentar en mi intervención.

En una primera parte me referiré a cómo cada uno de los principales tipos de hándicap influye sobre las posibilidades de comunicación del sujeto.

Y en una segunda parte examinaré la conciencia que el minusválido tiene de su hándicap y la actitud que los demás tienen ante él, para intentar aclarar cómo las actitudes mutuas del minusválido y de sus interlocutores influyen en las comunicaciones que éste establece y, en definitiva, en su desarrollo personal. Para terminar con algunas observaciones sobre la educación para la comunicación.

Déficit auditivo

Para examinar los distintos hándicaps desde el punto de vista de la comunicación parece natural empezar por el hándicap auditivo y concretamente por el niño sordomudo, pues en él se encuentra directamente dañado e incluso anulada la capacidad de recibir y de emitir mensajes.

Desde el punto de vista de la comunicación, el caso del sordomudo se opone directamente al del deficiente mental. En el sordomudo se mantiene o se puede mantener íntegra la producción y la comprensión de mensajes, lo

* Conferencia inaugural del Congreso de la Asociación Internacional de Educación Especial, Helsinki, 1980.

que está afectado es la capacidad de emitirlos o de recibirlos. En cambio, en el deficiente mental lo que está afectado es, principalmente, la producción y la comprensión de los mensajes, mientras se mantiene o se puede mantener intacta la capacidad de emitirlos o de recibirlos.

Aunque se trate de dos hándicaps tan claramente diversos sus consecuencias, desde el punto de vista de la comunicación, pueden ser parecidas. Es sabido que en la Edad Media los sordomudos se asimilaban legalmente a los incapaces mentales, y eran considerados toda su vida como menores de edad y no podían poseer o administrar bienes. Del hecho que no podían comunicarse con los demás se deducía que no podían ser instruidos ni intelectualmente ni moralmente y, por tanto, que no podían conocer ni sus obligaciones ni sus derechos.

Por absurdo que hoy parezca, esta opinión no deja de tener su fundamento no sólo porque el sordomudo abandonado a sí mismo no puede recibir ningún tipo de información, sino por una razón más profunda: porque el sordomudo abandonado a sí mismo no llega a adquirir ningún tipo de lenguaje y el uso del lenguaje es necesario para cualquier desarrollo intelectual y afectivo del individuo. Incluso el razonamiento más simple ha de expresarse con palabras. El sordomudo que no recibe ningún tipo de educación adecuada a su hándicap llegará a disponer de un repertorio de gestos, como los tiene el niño muy pequeño e incluso el animal, que le permitirán entrar en contacto y satisfacer sus necesidades mínimas. Pero aquí se detendrá su desarrollo comunicativo.

Claro que en nuestras sociedades la mayoría de los sordomudos reciben algún tipo de educación específica, que consiste, en primer lugar, en enseñarles algún tipo de lenguaje adecuado a su hándicap físico. Como es sabido, este lenguaje puede ser de dos tipos distintos. Puede ser un lenguaje manual, en el que la base material de las palabras sean movimientos de las manos, y puede ser un lenguaje oral o más exactamente una técnica para emitir las palabras, tal como lo hacen los que oyen, y para interpretar los sonidos emitidos por éstos a partir de los movimientos de los labios.

Con cualquiera de estos dos lenguajes el niño sordomudo puede alcanzar un desarrollo intelectual suficiente y puede llegar a hacer razonamientos abstractos. Con cualquiera de los dos lenguajes puede entrar en comunicación con otras personas y transmitirles cualquier mensaje.

Sin embargo, sus consecuencias sobre la actividad comunicativa del sordomudo son distintas.

El sordomudo que ha aprendido un tipo de lenguaje manual sólo puede comunicarse con otras personas —sordomudas o no— que conozcan también este tipo de lenguaje. Y el solo hecho de utilizarlo demuestra a los demás, en general, que es sordomudo y que no puede utilizar el lenguaje normal de los oyentes.

En cambio, el sordomudo que ha aprendido el lenguaje oral puede comunicarse con cualquiera que hable —que hable, por supuesto, la lengua que él ha aprendido—, y puede mezclarse con los oyentes en condiciones de aparente igualdad, pues nada denuncia al exterior su hándicap.

Por esto la tendencia actual es a preferir el sistema oral en la educación

de los sordomudos y a incorporarlos como alumnos al sistema educativo general. Las ventajas de esta política son evidentes. Pero también lo son sus inconvenientes. El sordomudo que utiliza el lenguaje manual en el interior de un grupo que se comunica de esta manera se siente perfectamente seguro de sus posibilidades comunicativas. En cambio, el sordomudo que utiliza un lenguaje oral, al comunicarse con interlocutores oyentes está en claras condiciones de inferioridad. Su forma de emitir el lenguaje —su forma de pronunciar las palabras— no es plenamente comparable con la de los oyentes, o al menos no está en condiciones de comprobarlo, y su recepción del lenguaje a través de los movimientos bucales del interlocutor es mucho menos segura y muchos menos eficaz que la recepción a través del oído.

En otros hándicaps ocurre lo contrario: que lo que está afectado es sólo la capacidad de emisión del lenguaje. A veces, como en ciertas formas de dislexias, se puede sospechar que el hándicap afecta incluso a la producción del lenguaje y, por tanto, que suponga algún déficit intelectual. Pero en otros casos, como en la tartamudez o en los problemas que resultan de malformaciones del aparato fonador, lo afectado es exclusivamente la emisión.

Se trata, por tanto, de hándicaps muy ligeros y, sin embargo, su efecto sobre la comunicación es muy importante. Lo es porque reduce la cantidad y la calidad de la información transmitida. Así, el tartamudo, para transmitir determinada cantidad de información, necesita más tiempo y más palabras, y su interlocutor ha de hacer un mayor esfuerzo para entenderlo. Pero, además del hecho objetivo de la reducción de la información, es posible que el interlocutor del tartamudo adopte una actitud negativa en la comunicación con éste, y procure rehuirlo, bien por el mayor esfuerzo que supone, bien porque ponga en duda el interés de la comunicación o el nivel intelectual del que la emite. Y el individuo aquejado de tartamudeo, que es consciente de su hándicap y de la reacción que produce en los demás, tiende por ello a reducir sus comunicaciones.

Así podemos observar algo que encontraremos en todas las formas de hándicaps y que luego comentaré. Que al hecho objetivo de la limitación de la comunicación hay que añadir la actitud de los demás ante el sujeto del hándicap y la actitud del mismo sujeto ante su limitación, como factores que pueden dificultar la comunicación.

Déficit visual

Incluso si aceptamos que el desarrollo intelectual del ciego presenta características propias, es evidente que su conjunto, su capacidad intelectual y, por tanto, de producción y de comprensión de mensajes es perfectamente comparable con la del vidente. Y, por supuesto, conserva intactas sus capacidades de emisión y de recepción. O sea, que el ciego adquiere sin dificultad el lenguaje verbal y lo utiliza normalmente como medio de comunicación. Lo que está afectado, en su caso, es la recepción del lenguaje gestual y más concretamente del que se percibe por medio de la vista.

Aunque he dicho que el ciego puede aprender a hablar sin dificultad, la

verdad es que la falta de la vista dificulta y retrasa los primeros aprendizajes verbales, pues el niño aprende a hablar a partir de la comunicación gestual, entendiendo las palabras del adulto en función de sus gestos. Por otra parte, y como es lógico, el vocabulario del ciego carecerá de referencias visuales.

Pero la consecuencia principal de la falta de vista sobre la comunicación es que el ciego no percibe los gestos que el interlocutor vidente efectúa al mismo tiempo que habla.

Con ello, el ciego se pierde una cierta cantidad suplementaria de información que los gestos añaden al lenguaje verbal, información que se refiere, sobre todo, a los aspectos emotivos y afectivos de la comunicación y a las características personales del sujeto que habla.

Es cierto que el ciego tiende a compensar esta deficiencia atendiendo, mucho más que los videntes, a los aspectos auditivos de la comunicación, como el tono y las inflexiones de la voz, pero es claro que así no llega a compensar la falta de informaciones visuales.

Y hay todavía algo más. Los gestos que acompañan al lenguaje no sólo son expresivos, algunos son apelativos y sirven para atraer la atención del interlocutor e iniciar la conversación o para mantenerla cuando decae. Es cierto que estos gestos, al dirigirse a un ciego, pueden sustituirse con palabras, pero al menos hay una condición que normalmente conocemos por la vista y es la presencia del interlocutor. El ciego sólo puede empezar a hablar si el interlocutor posible le anuncia su presencia dirigiéndole la palabra.

En el caso de una conversación con varios o con muchos interlocutores posibles, la importancia de los datos visuales es todavía mayor, pues es a través de gestos percibidos como advertimos qué interlocutores se disponen a escuchar y establecemos un orden en las intervenciones, y decidimos el momento de nuestra intervención.

Por ello, las comunicaciones del ciego tienden a limitarse a sujetos espacialmente próximos y a conversaciones con un solo interlocutor.

El hecho de no percibir los gestos ajenos tiene otra consecuencia importante y es el escaso desarrollo de los gestos propios. Igual como el niño sordo que, aunque puede balbucear y de hecho empieza a hacerlo, pero pronto deja de hacerlo porque ni oye sus emisiones de sonido ni puede compararlas con las de los demás, de la misma manera el niño ciego que no ve cómo los demás se expresan gestualmente ni puede controlar con la respuesta ajena el efecto de su expresión espontánea o innata de las emociones, no desarrolla su expresividad y, para un interlocutor, resulta inexpresivo o con una expresividad que sólo una gran familiaridad con el individuo permite interpretar. Aparte, por supuesto, que en el invidente falta, por principio, la expresividad ocular como expresión de emociones y como indicadora de la atención y que no es posible el cruce de las miradas.

La inexpresividad facial del ciego no sólo limita el intercambio de información, sino que recuerda constantemente al vidente que su interlocutor es ciego. Ello le incita a suprimir referencias a experiencias que el ciego no puede compartir. Y le lleva a asumir cierto control de la situación, ya que él puede advertir circunstancias externas y acontecimientos que el ciego no advertiría. El hecho de que uno de los interlocutores sea ciego y el otro

vidente influye en su comunicación y en la relación que se establece entre los dos.

Si los dos interlocutores son ciegos estas limitaciones dejan de existir, o mejor dicho, dejan de sentirse como limitaciones; pero menos todavía que los sordomudos, los ciegos no pueden reducir su vida de relación a comunicaciones entre ellos.

Un hándicap todavía más grave es el de los niños que son a la vez ciegos y sordomudos. En este caso se suman todas las limitaciones que he señalado hasta ahora respecto a la imposibilidad de emitir y de recibir mensajes y a la imposibilidad, por tanto, de acceder al lenguaje por sus propios medios. Es evidente que un niño en estas condiciones, más aún que un niño sordo, abandonado a sus propios medios, se mantendrá en un nivel de vida vegetativa con una vida de relación reducida a unas formas espontáneas de expresión de las emociones y sin apenas desarrollo intelectual y personal. Para provocar este desarrollo será necesario encontrar una forma de impresión corporal que pueda servir de base a un sistema de signos —como pueden ser las presiones mutuas de las manos— y utilizarla para establecer a la vez una relación personal y el aprendizaje de un lenguaje. El hacerlo representa un esfuerzo extraordinario por parte del sujeto, y basta recordar el ejemplo de Helen Keller, pero esfuerzo extraordinario también por parte de los demás, pues tanto la iniciativa para establecer y desarrollar la nueva forma de comunicación como la actitud favorable para recibirla sólo pueden ponerla los demás.

El caso de los niños ciegos y sordos nos demuestra que, por grave que sea el hándicap, siempre es posible encontrar un sistema de comunicación adecuado y suficiente para cualquier desarrollo, pero también que cuando más grave es el déficit, más importante es el esfuerzo educativo para hacer posible la comunicación.

Déficit motor

Los déficits del sistema muscular o del sistema óseo que limitan la capacidad de movimiento del sujeto que los sufre, se presentan en formas muy variadas y sus repercusiones sobre la comunicación son también muy diversas según los casos. Aquí me limitaré a un comentario general.

Cuando el déficit motórico es el resultado de una lesión en el sistema nervioso central, como es el caso en la parálisis cerebral, en ciertos casos puede ocurrir que resulte afectada también la capacidad intelectual o las funciones de emisión y de recepción del lenguaje. Pero la mayoría de los déficits motóricos no son de origen central (parálisis, amputaciones, deformaciones), y en ellos, tanto la producción y comprensión del lenguaje como su emisión y recepción, se mantienen intactas. ¿Cómo afectan entonces estos déficits a la capacidad de comunicación?

Si el déficit afecta a los órganos de locomoción, la dificultad de movimiento se traduce, en primer lugar, en una limitación de los desplazamientos y, por tanto, de las posibilidades de entrar en contacto con otros. El individuo que no puede abandonar la cama o el que sólo puede desplazarse en silla

de ruedas tiene menos contactos con otros que el que se desplaza libremente, y sobre todo tiene menos posibilidades de ser él quien incide los contactos y la comunicación.

En segundo lugar, la incapacidad de mover ciertas partes del cuerpo, o la ausencia de ciertos miembros, imposibilita la producción de ciertos gestos y, por tanto, del acompañamiento gestual del lenguaje verbal. El individuo al que le faltan los brazos o el tetraplégico que no puede moverlos son claros ejemplos de esta limitación, como lo es respecto a otro tipo de gestos el afectado por una parálisis facial. Aunque es cierto que la imposibilidad de mover ciertas partes del cuerpo tiende a compensarse haciendo más expresivas otras zonas corporales, por ejemplo los ojos.

Las consecuencias más graves para la comunicación se dan no cuando el déficit motor imposibilita los gestos, sino cuando los deforma, como ocurre con los movimientos espasmódicos e incoordinados, típicos de muchas formas de parálisis cerebral. Deformación que afecta tanto a los movimientos funcionales como a los expresivos, y que puede afectar incluso a los movimientos que permiten pronunciar las palabras.

Para el interlocutor el gesto deformado resulta más difícil de interpretar y requiere, por tanto, mayor esfuerzo por su parte. Pero la deformación del gesto parece tener un significado expresivo propio y, por supuesto, negativo. Así, el temblor de la mano al señalar es percibido por el interlocutor como inseguridad, la falta de coordinación en los movimientos como falta de atención, los fracasos repetidos en la expresión como falta de inteligencia.

Todo el que tiene alguna experiencia en el trato con parálisis cerebrales sabe que sus problemas de comunicación son muy grandes porque comunicar con ellos requiere no sólo un esfuerzo de atención que no todos los interlocutores están dispuestos a hacer, sino porque el interlocutor tiende casi espontáneamente a subvalorar su inteligencia y sus capacidades.

Aunque hasta aquí he hablado de gestos expresivos como acompañantes del lenguaje verbal, nos hacemos alguna idea de las personas con las que entramos en contacto simplemente por su aspecto. Consideramos que la misma forma de su cuerpo, la postura que adopta o el estilo de sus movimientos es ya expresivo de su manera de ser. Y aunque sabemos que a menudo estas impresiones son equivocadas, no podemos dejar de sentir las.

Cuando la forma del cuerpo o el estilo de los movimientos es irregular, como ocurre generalmente en los hándicaps físicos, la impresión es de alguna manera negativa, como si se diese por supuesto que hay una correspondencia entre el equilibrio y la riqueza de la personalidad y la correlación y la armonía de su apariencia física.

Déficit mental

En los déficits examinados hasta aquí la repercusión sobre la comunicación consiste en:

a) Dificultar el que el sujeto del déficit entre en contacto con otras personas.

b) Dificultar la emisión o la recepción de mensajes verbales o gestuales.

En los deficientes mentales encontramos una forma distinta de limitación de la comunicación. Lo que está limitado aquí es la producción y la interpretación de los mensajes.

Esta limitación se refleja, en primer lugar, en el proceso de adquisición del lenguaje. Los niños con un hándicap mental presentan un retraso significativo en cualquiera de los hechos que utilizamos para definir o para medir las etapas de este proceso: articulación de sonidos, primeras palabras, riqueza de vocabulario, enunciado de relaciones, longitud de los enunciados...

He dicho un retraso y no un proceso diferente. Todos los datos empíricos que manejamos nos invitan a considerar que los niños con un déficit mental aprenden a hablar de la misma manera que los niños que no lo tienen, siguiendo el mismo proceso y a través de las mismas frases.

Si se comparan niños deficientes mentales con niños normales que tengan su mismo nivel de desarrollo intelectual —su misma “edad mental”— notamos que su desarrollo lingüístico es parecido. Esto demuestra que el proceso de adquisición del lenguaje está estrechamente relacionado con el proceso del desarrollo intelectual. E incluso puede considerarse que la pretensión de medir el desarrollo intelectual, con independencia del desarrollo lingüístico, es un intento sin demasiado sentido, porque en el fondo se trata de dos manifestaciones distintas de un mismo proceso básico.

Para entender el aprendizaje del lenguaje por el niño deficiente hemos de añadir dos ideas: la primera que un entrenamiento sistemático y, por tanto, una educación adecuada, puede acelerar el proceso y, así, disminuir el retraso. En este campo hay más posibilidades de las que hasta ahora se han explotado.

La segunda, complementaria y opuesta a la primera, que incluso si se reduce el retraso el proceso de aprendizaje lingüístico en el deficiente mental termina antes y, por tanto, que el nivel de lenguaje que finalmente alcanza es más simple que el adulto sin déficit.

El nivel en que se detiene el desarrollo depende de la importancia del déficit. En un retraso mental ligero la diferencia puede ser casi imperceptible en la comunicación oral. En un síndrome de Down profundo el lenguaje verbal alcanzable puede ser tan pobre que se puede creer que sería más útil un desarrollo sistemático de la comunicación gestual.

Por la estrecha relación existente entre pensamiento y lenguaje, si el lenguaje del deficiente mental es más pobre es porque el lenguaje es el pensamiento que expresa a través del lenguaje —y, por tanto, el contenido del mensaje que comunica es también más pobre—, lo cual afectaría forzosamente a la naturaleza de las relaciones que llegue a establecer con otras personas. Porque otras personas se comunicarán con él en función del interés que atribuyan a este mensaje más pobre.

En ciertos casos el hándicap mental se acompaña de un aspecto corporal característico; así ocurre muy típicamente en el síndrome de Down (mongolismo). En otros, en cambio, el aspecto exterior del sujeto no ofrece ninguna huella del hándicap. Sin embargo, incluso en estos casos, el estilo de los gestos y de la expresión oral pronto indican al interlocutor la presencia de una

persona "diferente" y le llevan a tomar una actitud en relación con esta diferencia.

La situación del minusválido

Para la llamada "teoría de la información", la comunicación es un intercambio de información entre un emisor y un receptor a través de determinados medios de comunicación. Desde esta perspectiva el estudio de la comunicación en el minusválido consiste en examinar la manera como el hándicap limita o deforma la transmisión de los mensajes. Es lo que principalmente he tratado de hacer en los párrafos anteriores.

Pero cuando nos referimos a la comunicación entre seres humanos este análisis no es suficiente. No basta con decir que la comunicación es un intercambio de información. Hay que añadir que el intercambio de información ha de tener algún significado y responder a alguna finalidad en la conducta del hombre que comunica. Se comunica para expresar cariño o para enseñar, para suplicar, o para dictar órdenes, o para cualquier otra finalidad de nuestra conducta. Y se comunica no desde el vacío, sino desde una situación concreta en el marco de unas relaciones personales determinadas.

Esto es cierto para todos los hombres, minusválidos o no. Unos y otros tienen las mismas necesidades básicas y los mismos objetivos en su conducta. Pero aquí no pretendo hacer una psicología de la comunicación humana y me limitaré a examinar la situación específica del minusválido y la manera como condiciona su manera de comunicarse.

El primer dato a tener en cuenta es que el minusválido es consciente de sus dificultades de comunicación. Antes he intentado describir las dificultades específicas de cada tipo de hándicaps, pero ahora he de añadir algo más, a saber, que cualquiera que sea el hándicap el que lo sufre es consciente de estas limitaciones. El ciego sabe que se le escapan los gestos de su interlocutor, e incluso no está seguro de cuándo su presencia empieza o termina. El sordomudo está inseguro de sus emisiones verbales y de la dificultad de su lectura de los movimientos de los labios ajenos. El deficiente motórico sabe que sus gestos son inhábiles y ambiguos de interpretar. Y el deficiente mental no está seguro de retener la atención del interlocutor. Por supuesto, esta conciencia de las dificultades que tiene para expresarse y de las dificultades que encuentra su interlocutor para entender le influye en su actitud de comunicación, que necesita y desea más todavía que otros, pero que al mismo tiempo teme y rehuye.

Pero la conciencia que el minusválido tiene de su hándicap es mucho más amplia que la conciencia de sus dificultades de comunicación. Dicho en forma muy resumida podemos concretar así la manera como es sentida la propia invalidez. El minusválido sabe que carece de capacidades funcionales que otros poseen, y que no puede realizar actividades que otros pueden hacer. Es, por tanto, *consciente de su inferioridad*. Y porque no puede realizar actividades que otros pueden hacer, sabe que en algunas o en muchas ocasiones necesitará de la ayuda de los demás. Es, por tanto, *consciente de*

su *dependencia de los demás*, dependencia que, según el hándicap, puede ser mayor o menor, pero siempre existe en alguna medida.

En sus relaciones con los demás, muchos minusválidos han tenido la experiencia no sólo de su inferioridad funcional, sino de que su aspecto es irregular y por ello poco atractivo. Esta anomalía de la forma exterior no tiene relación directa con la importancia del déficit —hay hándicaps importantes, por ejemplo la sordera, que no repercuten sobre el aspecto exterior, y hándicaps menores, como el labio leporino, que tienen efectos importantes y desfavorables sobre el aspecto—, pero en la mayoría de los hándicaps se da alguna repercusión de la que el minusválido es muy consciente. Digamos que es consciente de ser desagradable a los demás.

Finalmente, como consecuencia de su inferioridad en las capacidades funcionales y en su aspecto, el minusválido ha tenido a menudo la experiencia de que los demás no buscan o no valoran su compañía, o incluso la rehuyen, de lo que resulta su *conciencia de aislamiento o de rechazo*.

La contradicción entre la conciencia de necesitar de los demás y de ser poco atractivo, e incluso rechazado por los demás, está en la base de las dificultades personales del minusválido en su vida de relación, dificultades con las que tendrá que enfrentarse para ir haciendo su vida propia. Dificultades que no son, por otra parte, esencialmente distintas de las que encuentran todos los hombres en su vida, pues todos tenemos algún tipo de hándicap —físico, social o moral— y todos nos hemos de enfrentar con fracasos en nuestras relaciones personales. Tampoco la manera como el minusválido puede resolver sus problemas o sucumbir ante ellos es distinta de la manera como cualquier hombre se enfrenta con sus dificultades. Pero ya he dicho que aquí no me ocupo de la personalidad del minusválido y de su problemática, sino sólo de cómo ésta influye en sus conductas comunicativas. Y creo que esta influencia se puede resumir en dos observaciones:

En primer lugar, que el tipo de relaciones que el minusválido llega a establecer con los demás y la manera como se comunica con ellos depende de la forma como ha asumido su propia situación como deficiente. Un ejemplo sencillo basta para ilustrar esta observación. Un hombre con un déficit auditivo que ha aceptado su limitación y a partir de ella ha organizado su vida, y un hombre con el mismo déficit que se esfuerza por vivir como si no tuviese déficit, establecerán relaciones muy distintas con los demás, diferencia que se demostrará en la manera de comunicarse. No pretendo decir con ello que una de las dos actitudes sea mejor o peor que la otra. Es posible encontrar el equilibrio y el éxito vital en la renuncia, y es posible encontrarlos a partir de la superación del hándicap. Hay maneras positivas de renunciar como las hay negativas, e igualmente hay maneras positivas y negativas de negar el hándicap. Lo único que aquí pretendo decir es que para entender la manera como el minusválido se comunica con los demás no basta con saber en qué consiste su hándicap y cómo lo limita, hay que conocer, además y sobre todo, la actitud que adopta ante su hándicap. De donde se deduce que para mejorar la comunicación del minusválido hay que procurar mejorar su actitud ante su propia situación.

La actitud de los demás

La segunda observación que me proponía hacer complementa y en cierta manera se opone a la anterior.

Si es verdad que la manera como el minusválido se comunica con los demás es el resultado de su actitud ante su propio hándicap, también es verdad que esta actitud es el resultado de las relaciones que ha sostenido con los demás y, por tanto, de la actitud de los demás ante él.

Para justificar esta afirmación basta recordar que todas las dimensiones de lo que he descrito antes como conciencia del hándicap: la conciencia de ser distinto, de ser inferior y dependiente, y de ser desagradable y rechazado, todas expresan una comparación con los demás, comparación que tiene algún fundamento objetivo, pero que para el minusválido sólo se hace consciente en la relación con los demás, en la manera como los demás lo tratan.

Veamos ahora esta relación desde el lado de los demás, de los que entran en contacto con el minusválido. Si el minusválido tiene una capacidad disminuida de comunicación, si habla mal, u oye poco, o no hace los gestos adecuados, y si sus palabras y sus gestos no sólo son pobres o insuficientes, sino que inducen a error, el interlocutor deberá hacer un esfuerzo para comunicarse con él; no sólo un esfuerzo intelectual para entenderle, sino un esfuerzo moral de querer entenderle.

Evidentemente, el que por razones personales está interesado en mantener una relación positiva con el minusválido, está dispuesto a hacer este esfuerzo suplementario para comunicarse con él, incluso a hacerlo con gusto. Pero no todos los interlocutores posibles tienen este interés.

La actitud del interlocutor indiferente está influenciada además por otro hecho. Como ya he recordado, tanto los gestos corporales como la propia forma del cuerpo y el estilo de sus movimientos son expresivos y a través de ellos juzgamos la manera de ser de los demás. Y dado que tenemos más ideas implícitas y estereotipadas sobre la correspondencia entre forma corporal y personalidad que suponen una correspondencia entre armonía de la forma corporal y cualidades personales positivas, el interlocutor tiende a juzgar desfavorablemente al inválido poniendo en duda o desvalorizando sus cualidades intelectuales y morales.

Y hay todavía algo más. El que se enfrenta con un inválido con facilidad se siente incómodo y tiende espontáneamente a rehuir el contacto y la comunicación, reacción negativa que no parece que pueda explicarse sólo por el miedo al esfuerzo suplementario que exige la comunicación con el minusválido y al que acabo de referirme.

La verdadera explicación no parece difícil de dar. El reconocer al interlocutor como minusválido quiere decir darse cuenta de que es débil y dependiente, que necesita ayuda y por tanto entrar en comunicación con él, significa aceptar en alguna medida el hacerse responsable por él y aceptar el compromiso de ayudarlo, que es lo que el desconocido, en principio, no está dispuesto a hacer. La reacción espontánea de alejamiento es una reacción egoísta de defensa de la propia comodidad.

Pero es posible suponer que esta reacción espontánea tiene todavía una

raíz más profunda. La sospecha y con ella la angustia de que lo que le ocurre al inválido podría ocurrirme a mí y la huida ante esta angustia. Cuando el minusválido es un niño esta sensación toma otra forma: la sospecha y la angustia de que lo que le ocurre al niño podría ocurrirle al propio hijo.

Como conclusión de este comentario a las actitudes ante el minusválido puede decirse que la forma de comunicación que logramos establecer con él está influida por nuestras actitudes previas ante su situación y que para mejorar la comunicación debemos empezar por mejorar nuestra actitud. Lo que es cierto para todos los que entran en contacto con el minusválido y en primer lugar para sus propios padres.

Educación para la comunicación

Porque el minusválido tiene disminuidas sus capacidades de comunicación, porque los demás encuentran dificultades en comunicarse con él y adoptan con frecuencia una actitud negativa en la comunicación y porque él mismo se siente inseguro e incómodo en sus relaciones con los demás, el minusválido tiende desde el comienzo de su vida a comunicarse con menos personas y a comunicarse con menos frecuencia y menos profundidad que sus compañeros que no poseen hándicap físico. Esta menor comunicación puede conducirle, y le conduce con frecuencia, a un cierto grado de aislamiento y soledad; soledad no libremente elegida, sino impuesta por su situación.

Este proceso empieza muy claramente en la infancia. El niño minusválido tiene contactos personales menos variados y frecuentes que otros niños, se desplaza menos, tiene menos amigos y compañeros de juegos, entra menos en contacto con desconocidos. Generalmente se incorpora al sistema educativo más tarde y su escolaridad es menor y más irregular; con frecuencia se escolariza en centros especiales que si ofrecen el ámbito para una vida de relación, también le aislan de la población general. Y al llegar a la adolescencia, cuando al individuo se le abren nuevos caminos de socialización hacia el trabajo profesional y hacia el amor sexual, el minusválido se hace más dolorosamente consciente de sus limitaciones.

En este proceso han actuado desde el comienzo, tal como antes he señalado, factores opuestos y complementarios: la conciencia que tiene el minusválido de sus propias limitaciones y la actitud que ante él adoptan los demás. Estos dos factores contrapuestos se alimentan y se refuerzan mutuamente. Pero si a alguna le corresponde el papel inicial es, evidentemente, a la actitud de los demás. Y para el inválido, al comienzo de su evolución, los demás son en primer lugar sus padres.

Desde hace un tiempo, algunos psicólogos de orientación más o menos psicoanalítica han avanzado algo más. Sostienen que la actitud de los padres, y en concreto la de la madre no sólo condiciona, sino que incluso en cierta medida produce el mismo déficit. Así, el rechazo inconsciente del niño por parte de su madre y la menor comunicación entre ellos que así se produce, sería la primera causa del retraso mental de un niño. Incluso para los déficits

visuales se han propuesto explicaciones de este tipo. La verdad es que los datos empíricos que poseemos de ningún modo confirman estas teorías. Y teniendo en cuenta la frecuencia con que el hándicap de un hijo produce en los padres complejos de culpabilidad y otros problemas personales, hay que considerar desafortunada la difusión de estas interpretaciones.

Pero si hay que considerar rechazables estas teorías extremas, en cambio es perfectamente cierto que la actitud de los padres ante el hándicap del hijo influirá decisivamente en la actitud que el hijo adoptará ante su limitación. El rechazo más o menos disimulado aumentará el déficit del hijo y la conciencia que éste tiene de su defecto.

Sólo a partir de una aceptación positiva por parte de sus padres podrá el niño minusválido empezar a construir su propia actitud positiva y a establecer unas relaciones satisfactorias con los demás.

Pero tampoco tiene sentido cargar toda la responsabilidad sobre los hombros de los padres. La educación del minusválido es una tarea larga y compleja en la que deben intervenir muchas personas, cada una con su propia responsabilidad.

Sobre esta tarea educativa voy a permitirme hacer dos recomendaciones que considero que resumen el sentido de los comentarios sobre comunicación y hándicap que he tenido el honor de hacer ante ustedes, y con lo que terminaré mi intervención:

1º Dado el papel tan importante que juega la comunicación con los demás en la existencia humana, la educación del minusválido debe conceder una atención preferente al desarrollo de sus capacidades comunicativas. Sabemos que la educación especial ha realizado hasta ahora una gran tarea en este campo, pero hemos de reconocer que nuestros conocimientos sobre la repercusión de los distintos hándicaps sobre las capacidades comunicativas son todavía reducidos, que es posible desarrollar nuevas técnicas de comunicación y de aprendizaje de la comunicación para minusválidos y, por tanto, que la educación especial para la comunicación puede todavía mejorar mucho en los próximos años. Esperemos que este Congreso represente un estímulo y un paso importante en esta dirección.

2º Pero la pedagogía de la comunicación no puede limitarse a mejorar las técnicas comunicativas, debe también, y sobre todo, estimular la necesidad y el deseo de comunicar, y para ello debe colocar al minusválido en las situaciones adecuadas. El sistema de la educación especial debe pensarse en función de este objetivo, insertando al minusválido en un tejido de relaciones humanas y evitando el peligro del aislamiento tanto del individuo como del grupo.

3º En cualquier caso, la mejora de la comunicación entre el minusválido y los demás sólo es posible sobre la base de la previa aceptación por parte de los demás. En el comienzo de su desarrollo esta aceptación positiva corresponde a los padres, pero sucesivamente son muchas otras personas las que deben asumir la responsabilidad de la educación del minusválido. Y para el conjunto del sistema educativo la responsabilidad corresponde al conjunto de la sociedad. Sólo si la sociedad acepta plenamente la existencia de minusválidos entre sus miembros y asume las responsabilidades que de esta acepta-

ción se derivan podremos pensar que estamos mejorando las comunicaciones de los minusválidos.

